

LA BATALLA DE MEDELLÍN

(Tragedia en Seis Cuadros.)

Dramatis Personae:

Napoleón Bonaparte

General Murat

General Dupont

General Videl

General Victor

General Cuesta

Fernando VII

Meléndez Valdés

9 Soldados Españoles

10 Soldados Franceses

Mujer Vieja

Mujer de Luto 1

Mujer de Luto 2

Criada

Luisa

Julita

Joven Embarazada

Hechicera

Obispo

Niños

Soldado con Capote

Esta tragedia ha sido compuesta por Pedro Félix González Díaz, a requerimiento del señor alcalde de la villa de Medellín, Antonio Parral, y de los socios de la Asociación “Estación Ecológica de Biocosmología” de Medellín.

CUADRO 1

(Alrededor de una mesa rectangular, Napoleón y sus generales. Todos de pie. La mesa está cubierta de mapas y planos topográficos. Hay también una jarra de cristal con agua y vasos para todos.)

Napoleón: Pues señores generales de nuestra Grande Armée, ya lo sabéis. Lo tengo dicho y no he de repetíroslo.

Victor: Y no lo hagáis Señor.

Napoleón: Que Castaño, un anciano y español, con unos soldaditos harapientos haya derrotado a la flor y nata de nuestra Grande Armée es intolerable y humillante, señor Murat, ¡Oh Rayo malparido de Europa! Algo así nunca deberá repetirse

Murat: Señor, buen señor...

Napoleón: Callad si no queréis que os mande fusilar ahora mismo. ¿Cómo se le ocurrió al señor Virrey enviar a este par de inútiles a dirigir una batalla de tanta envergadura (señalando)?

Dupont: Veréis Señor Emperador...

Videl: Señor Emperador, vos deberíais de ver...

Murat: Callaos que yo fui quien a la postre salió escaldado del embite. Honra y favor del Emperador por mí perdidos por mor de unos gitanos terroristas y unos generales incompetentes.

Fernando VII (El rostro pintado de amarillo): Cuidaos señor Emperador de esos pordioseros que son tenaces y coriáceos como no habéis encontrado antes a nadie.

Napoleón: Cierra tu boca, subnormal, infame traidor a tu pueblo y a tu padre. ¿Cómo te atreves a amenazarme con tus miserables compatriotas? Pronto yo mismo los eliminaré a todos.

Fernando VII: A vuestras ordenes mi señor. Siempre a vuestras ordenes, gran Sire. De ninguna manera quise ofenderos y menos amenazar al más grande general de la historia.

Videl y Dupont: Siempre a vuestras ordenes, Sire.

Victor: Yo os prometo vengar lo de Bailén por los humedales de la Extremadura. No habrá cuartel para esos pordioseros, mitad castellanos y mitad portugueses. ¡Muerte a los terroristas cetrinos y gloria eterna al gran genio insular!

Todos: ¡Guerra sin cuartel al invadido que nos impide ejercer nuestros derechos en el mundo!

(Suena la Marsellesa. Formando parejas todos la bailan: Napoleón con Fernando VII, Videl con Murat y Victor con Dupont. Aparece el poeta Juan Meléndez Valdés con el rostro pintado de amarillo.)

Valdés: Señores gabachos. Rey taimado y absoluto. Honorables e ilustres generales y emperador del mundo. Traigo, señores, un mensaje del soberano Pepe Botella...

(Cesa la música de Marsella y los presentes rodean a Valdés, ávidos de noticias)

Napoleón: ¡Venga ese mensaje de le Grand Frère!

Valdés: Bien es verdad que, aunque su Majestad José no parecía estar muy sereno, el mensaje tiene su miga...

Fernando VII: ¡Déjate de preámbulos! Venga ya ese mensaje.

Valdés: Pintado lo imagino en el culo de mi señora Josefina, pues la misiva se refiere a los amores del León de Egipto por estas tierras invadidas. Señor Napoleón, su esposa le demanda.

Napoleón: ¿Me demanda? ¿Qué es lo que mi buena esposa me demanda?

Valdés: Reparación por amores ilícitos de su excelencia con gitanillas húngaras y panteras. Un montón de millones de luises de oro y plata.

Napoleón: Luises es nombre de reyes decapitados. Yo no pagaré con eso... Bien, bien. Ya lo sabéis: robad, expoliad, arrasad. Dejad lisa la piel del toro ibérico. Todo a la mayor gloria de la Francia culta y humanitaria y de su emperador. Y si algo sobra de la rapiña de mis soldados y generales sirva para pago de los amantes de la emperatriz.

Murat, Dupont, Videt, Victor: Así pues, Sire, lo haremos como siempre.

Fernando VII y Valdés: Que algo ya caerá también para nosotros.

Victor: ¡A la mayor gloria de Francia y de su emperador! Que sepan todos que cuando un francés arrasa y genocita siempre lo hace en nombre de la cultura y fraternidad de todos los pueblos de la Tierra, cuyo centro se sabe que está en París, ineludiblemente. Amen.

Los demás: Si, si. En París con Doña Alda y las siete putas de Francia.

(Todos ríen.)

Victor: Iré a Extremadura, Sire. Y no tendrán cuartel esos piojosos.

Fernando VII: Esos piojosos, no tendrán cuartel pero si tendrán su rey muy pronto.

CUADRO II

(Castillo de Medellín. Junto a un mirador que domina todo el campo, hasta Don Benito, Villanueva y Mengabril. El General francés Victor mira con un catalejo a las tropas. Junto a él, tres generales franceses. Estos últimos representan la Guerra, la Muerte y el Hambre, jinetes del Apocalipsis, aunque, en realidad, son los generales Murat, Dupont y Videl. Están preparando la batalla que inexorablemente se avecina. A los pies del francés hay rollos de papel y mapas.)

Victor (Después de mirar el campo con el catalejo) No lo dudo, señores. La decisión que tomé es acertada y se confirma. Ya han pasado nuestros primeros hombres y cañones por el Puente del Guadiana. Señores, nunca lo he dudado: Los españoles no osarán atacarnos.

Guerra: Muy bien general en jefe. Muy bien. La única condición que os exijo, ¡Oh señor!, es que no hagamos prisioneros ni demos cuartel a los soldados y campesinos españoles. Es mi única condición.

Muerte: La estrategia que a mí me interesa y resulta inexcusable es aquella que deje más cuerpos inertes y almas en mis manos. Solo eso, señor general. Ah, y me da igual tiros que troyanos.

Hambre: ¡Y, sobre todo, señor general, que dure mucho la batalla! Y que los soldados quemén el trigo y extravíen el ganado por las sierras. Los soldados franceses y también los piojosos españoles.

Victor: No. Estoy seguro. Los españoles no osarán atacarnos mientras cruzamos el Puente del Guadiana. Soy un genio militar. ¿Verdad que lo soy, señores generales?

Guerra: Sin prisioneros, recuerde. Y sin cuartel. Ríos de sangre, mi señor.

Muerte: Y muchos muertos, muchas ánimas perdidas. Cuántas más, más contento quedará vuestro maestro de campo.

Hambre: Acabe con todos los alimentos, mi buen general. Que los pocos que de ellos sobrevivan, no recuerden qué cosa es el trigo ni cómo pacen ahora los rebaños y los ganados en estos campos.

(Victor otea de nuevo el campo de los españoles y el paso de sus tropas por el Puente. Luego, se vuelve a sus generales.)

Victor: ¡Abrazadme, queridos aliados míos! Hoy será un día memorable. Los españoles se están quietos en sus posiciones. Sólo nuestro ataque final los moverá de ellas.

Muerte (señalando hacia Don Benito): Mirad allí.

(Victor dirige su catalejo en la dirección señalada por su general.)

Victor: ¡Escuadrones y cañones españoles se dirigen corriendo hacia el Puente del Guadiana! Dios mío, será una masacre de mis hombres.

(El general en jefe tira el catalejo y rompe a llorar.)

Victor: ¡Qué error! ¡Qué lamentable error! Napoleón me mandará fusilar, sin duda. Parece como si estos íberos malditos no tuvieran más objetivo que destruir el prestigio de los grandes generales de la Francia.

(Se oyen los primeros disparos y cañonazos.)

Victor: Señores, será mejor que yo mismo me quite la vida.

Hambre: Entonces, habrá alimentos en abundancia...

Guerra: Y los españoles si darán cuartel y harán prisioneros...

Muerte: Y señor, la batalla se decidirá enseguida...Nada de esto nos conviene ni a vos ni a ninguno de nosotros.

Guerra: ¡Imparta sus órdenes, general Victor! ¡Impártalas enseguida, maldito incompetente!

Victor: Que el ejército, nuestra Grande Armée, interrumpa el paso por el Puente. Comunicadlo a los ordenanzas, cornetas y tambores. Pasadme el catalejo, vamos, vamos, cursad mis órdenes y pasadme el catalejo.

Guerra: Ya he enviado una paloma mensajera con tus nuevas instrucciones. Ya habrá llegado hasta los soldados y capitanes.

Victor (muy desconcertado): ¡Mi catalejo, mi catalejo! ...

(Los tres generales franceses bailan alrededor del general en jefe, mientras dicen:)

Jinetes del Apocalipsis:

¿Por qué esas lágrimas, general, señor?

Si alguien tan inepto y cobarde como vos

No abre cauces para la sangre, el hambre y el horror,

Se habrá de entregar a los vientos que acaban con su mundo

Y no dejan traza alguna de su amor.

Victor (Mirando por el catalejo, cada vez más nervioso e inquieto): Esos inútiles han atascado dos cañones sobre el Puente. Algunos escuadrones españoles están llegando ya a su altura. Hay miles de franceses atrapados. Pronto morirán todos nuestros soldados y se habrá perdido la batalla.

(Victor, de rodillas, no puede contener sus lágrimas.)

Guerra (señalando hacia los escuadrones españoles): ¿Qué ha pasado? Los españoles se detienen y vuelven hacia sus posiciones de partida. Han debido recibir órdenes tajantes de su general en jefe en tal sentido.

Victor (mirando la escena lleno de alegría): El general español es aún más estúpido que yo. Mis hombres se han salvado. ¡Ya hemos ganado esta batalla!

Guerra: ¡Sin cuartel, mi señor! ¡Qué no hagan prisioneros!

Muerte: ¡Qué se pierdan más almas que en todas las batallas de esta guerra! Quiero ver sus cuerpos deformes retorcidos, perdidos sus movimientos y expirados.

Hambre: Y que dure mucho la batalla. Al menos, hasta que caiga la noche. Y que se arrasen campos y acribillen los ganados. Señor, buen señor. Hacedlo así y tendréis la mayor gloria de Francia.

(Los tres del Apocalipsis bailan alrededor, mientras Victor salta y ríe como un poseso.)

Jinetes del Apocalipsis:

¿Por qué esas risas y esos espasmos, general, señor?

Si alguien tan inepto y cobarde como vos

Ya abre cauces para la sangre, el hambre y el horror,

Entregado está a los vientos que acaban con el mundo

Y no dejan traza alguna de la vida y del amor.

(Las baterías francesas abren fuego desde la orilla derecha del Guadiana. El estruendo y el griterío son ensordecedores.)

TELÓN

CUADRO III

(Estancia pequeña de un caserío junto a Mengabril. Hay una puerta a la derecha y un gran ventanal al fondo. En medio del infernal estruendo de los cañonazos, descargas de fusilería, gritos y cargas de las caballerías, aparece solitario el general Cuesta, con sus mapas y condecoraciones sobre una mesa pequeña. Pasea de un lado a otro de la habitación.)

Cuesta: No caeré en la trampa de los franceses. No. Yo no caeré, digan lo que digan mis oficiales. Aquí los esperaremos y quedarán a nuestra merced entre el Guadiana y mis vanguardias de infantería.

(Golpes en la Puerta. Cuesta se apresura a echar el cerrojo.)

Voz de afuera 1: Señor general, señor general. Aún estamos a tiempo de ir acabando con todos los gabachos a medida que vayan pasando el Puente.

Cuesta: ¿Qué sabéis vosotros de tácticas y estrategias militares? Mi experiencia vale más que vuestra locura.

Voz de afuera 1: Dejadme entrar, general.

Cuesta: Nunca, señores. Yo soy y seré el único responsable de esta batalla. Toda la gloria o el oprobio serán para mí solo. Quedaos ahí fuera a la espera de mis órdenes.

Voz de fuera 2: Aún podemos rectificar, señor. Coursad las órdenes oportunas y seréis vos únicamente quien se llevará toda la gloria, los ascensos y las medallas.

Cuesta: ¡Dejadme en paz! Yo tengo mucha, mucha experiencia. Y muchas, muchas medallas.

Voz de fuera 2: Y también muchos, muchos años, tantos, señor, que no os dejan ver la evidencia. Si no cambiamos enseguida de estrategia, será una debacle para nuestros inexpertos soldados y campesinos. Será una carnicería cuya magnitud se recordará durante siglos, mi buen señor. Durante siglos.

Cuesta: Una carnicería de franceses, querréis decir.

Voz de Mujer: Nadie aquí se quiere hacer responsable de tamaño error, de estrategia tan descabellada, querido Gregorio. Es ahora o nunca. A vida, mi señor, o a muerte.

Cuesta: Mantened las formaciones con firmeza, respondiendo con nuestra artillería a la suya. Que los franceses entren ellos solitos en la ratonera que les tenemos preparada.

Voz de Mujer: Dejadme, señor, asumir el mando. Vos no estáis ya para estos trotes. Por favor, Gregorio, laureado y valiente general en jefe, déjese su excelencia aconsejar.

Cuesta: Nunca, nunca. Ya casi ha pasado toda la mañana y nuestras tropas tienen ventaja sobre las francesas, tal y como ya os dije.

Voz de Mujer: No durará mucho. No pongáis a prueba a los reclutas. Cuando cargue la caballería de los franchutes y sus dragones, ya tan cubiertos de laureles, se vengan tras de ellos, nuestros hombres no podrán resistir ni cinco minutos sus acometidas.

Cuesta: Tengo hambre. Traerme algo para yantar y me lo pasáis por la ventana. Aquí no os dejaré entrar hasta que no termine esta batalla.

(El general Cuesta se asoma a la ventana y no atiende a las palabras y requerimientos de sus hombres y mujeres. Al cabo, le traen un plato con comida y un trozo de pan. Come

rápidamente, con avidez. Entonces, se desencadena la tragedia y los españoles tratan de escapar perseguidos por los dragones franceses. Se produce la masacre.)

Cuesta (golpeando la puerta): Este desastre seguramente nos ha ocurrido porque habéis desobedecido mis órdenes. Malditos ineptos. Nuestros soldados están ya perdidos. Hay que escapar ahora como podamos. Yo me llevaré mis medallas.

(Afuera retumban los cañonazos y los gritos de victoria y de terror. Cuesta abre la puerta y sale, mientras cae el)

TELÓN

CUADRO IV

(Soldados y campesinos españoles malheridos se arrastran por el escenario, cruzándose unos con otros. Algunos llevan su fusil en una mano y con la otra tratan de contener la sangre que le mana de las heridas. Golpean rítmicamente el suelo siguiendo una música primitiva y seca. Finalmente forman tres racimos humanos separados, escondiendo bajo sus cuerpos a los muertos. Todos cantan al unísono, al ritmo de su golpeo.)

Heridos:

**La sangre corre furiosa
Por piedras y jaramagos.
Las hembras que nos esperan
Están esperando en vano.**

**Es la muerte la que espera
Cuando lleguen los gabachos.
Rojo Guadiana de sangre
Les nacerá de las manos.**

**La sangre corre furiosa
Por piedras y jaramagos.
Las hembras que nos esperan
Están esperando en vano.**

**Es la muerte la que espera
Cuando lleguen los gabachos.
Rojo Guadiana de sangre
Les nacerá de las manos.**

Primer racimo (3 heridos se acercan a un árbol sin ramas ni hojas. Sólo un tronco con forma de horquilla, rodeado de 5 muertos.):

**Hierba roja, roja sangre.
Carne blanca, blancas manos.**

Segundo racimo (5 heridos se aproximan al centro del escenario donde yacen unos muertos apilados.):

**Aquí nos azota el aire.
Amargo viento de marzo.**

Tercer racimo (1 herido llega hasta un poste inclinado. Se abraza a él, dejando su fusil sobre los muertos.):

**Ay de la vida que huye
Ay del campo
Ay de la noche que viene
Ay del dolor y del llanto.**

(Entra un obispo con su mitra, tiara y mejores galas. Ante el espectáculo dantesco de gritos y gemidos, se asombra. Entonces, se sitúa en el centro del proscenio y, de espaldas al público, rodilla en tierra, llora.)

**Obispo: Escuchadme todos, soldados y campesinos.
Escuchadme. Tengo algo muy importante que deciros.**

(Todos miran al obispo en silencio. Inmediatamente continúan sus lamentos.)

**Obispo (Imperioso y soberbio): ¡Silencio! ¡Silencio todos!
¡Silencio he dicho!**

(De nuevo todos callan y miran al obispo.)

Obispo: Si todo sigue igual y estos franceses continúan asesinando, robando, expoliando y violando, pocas esperanzas nos quedarán a nosotros de salvar la vida, a vuestras mujeres, novias e hijas de salvar la honra, y a las iglesias de San Martín, Santiago y los conventos de preservar sus tesoros, cuando lleguen aquí los genocidas, que ha de ser enseguida.

Tercer racimo: Ya estamos resignados a nuestra suerte.

Primer racimo: Nuestras mujeres e hijas sabrán defenderse

Segundo racimo: ¿Qué podrán hacer frente a sus armas y brutalidades?

Obispo: No penséis más en ello sino más bien en la salvación vuestras almas, a punto ya de rendir presencia ante el Supremo Hacedor. Pensad en vuestros pecados...¡Arrepentíos de ellos!

Todos (Murmurando): Ave María Purísima.

Obispo: Sin pecado concebida.

(Se hace un silencio tenso durante un minuto, durante el cual los heridos enumeran sus pecados, con la barbilla enterrada en el pecho. Cuando terminan y levantan sus cabezas hacia el Obispo, éste hace la señal de la cruz en todas las direcciones.)

Obispo: Ego te absolvo a peccatis tuis in Nomine Patris et Filii et Spiritu Sanctis. Amen.

(Se oyen disparos y gritos. Entran al escenario por sus cuatro esquinas grupos de soldados franceses blandiendo sus fusiles, enseñas y sables. Vienen masticando carne sanguinolenta que les chorrea por la barbilla y la guerrera. Miran a todas partes blasfemando. Los franceses regurgitan las ánimas del fascismo sobre los muertos.)

Primer racimo: Malditos gabachos, ladrones y criminales

Capitán francés: Sin cuartel. No quiero prisioneros. Cada escuadra vaya a por un grupo y no deje nadie a vida.

Primer racimo (golpeando el suelo):

**Malditos sean los gabachos
Que eternamente lo sean
Aquí quitarán la vida,
Mirad que nadie lo olvida,
A niños, mujeres y Dios.**

Segundo racimo (golpeando el suelo):

**Malditos perros del Sol
Que ya quitaron la vida
A diez mil soldados y dos
Que nadie ha quedado a vida
Que nadie ha quedado a vida
Déles Dios su maldición.**

Tercer racimo (golpeando el suelo):

**Perrillos de la mala madre
Guarros del Corso cabrón.**

Capitán francés: Hacedlos callar bajo balas, estocadas y tortura. Vamos, pronto, perrillos de Napoleón.

Obispo: ¡Viva Napoleón Bonaparte!

Lugarteniente francés: Grita más bien y vitorea el nombre de tu rey José, maldito eclesiástico.

Obispo: A tanto no llegará la traición de la Iglesia Católica al pueblo de Dios en esta guerra.

Capitán francés: No perdáis ya más tiempo. Acabad de una vez con ellos. Lugarteniente, Sargento Criminal, Soldado Assessin. Proceded sin dilación y sin el menor escrúpulo.

(Comienza una música estridente que no dejará de crecer en ritmo e intensidad hasta el final del Cuadro. Los españoles del primer racimo tratan de defenderse pero son rodeados y acribillados con las bayonetas y las culatas.

Primer racimo: ¡Viva Medellín! ¡Viva la Libertad!

(Todos mueren. Los soldados franceses desnudan completamente a dos de ellos. Al otro, lo atan por los tobillos al tronco. Encaraman a los dos desnudos a las ramas hasta conseguir la imagen de los Desastres de la Guerra de Goya en la que tres españoles desnudos han sido colgados de una horquilla de árbol, uno de ellos boca abajo, decapitado y sin brazos. El Obispo, rodilla en tierra, reza ante ellos.)

Capitán francés: Buen escarmiento han tenido ya estos perros. Proceded, señores, con los siguientes.

(Los soldados franceses se dirigen entonces hacia el tercer racimo.)

Tercer racimo: Vengan “los señores” gabachos a mi que yo no los temo como no se teme a las sabandijas aunque estas muerdan.

(Los Franceses ahorcan al soldado español en el poste, siguiendo la pauta del grabado de Goya del ahorcado (También de su serie “Los desastres de la guerra”). Luego, se sientan a su alrededor, burlándose del cadáver. Llega entonces el Obispo y de rodillas frente al ahorcado reza una oración por su alma.)

Capitán francés: Éste tiene también lo suyo. Preciso es ahora ocuparse de los restantes. Id por ellos, valientes soldados del Emperador de Francia y del mundo.

Segundo racimo (blandiendo navajas): Venid puercos ladrones que aunque ya no tenemos balas, sí que nos quedan uñas.

(Los cinco españoles se defienden bravamente, logrando derribar a dos franceses que quedan malheridos. La acción ha de seguir también las pautas de los Desastres de Goya de acuerdo con el grabado donde un español con un hacha se defiende, rodeado de franceses.)

Capitán francés: ¡Tal y como están ahora, sencillamente fusiladlos!

(Los soldados franceses forman una fila compacta frente a los españoles supervivientes. Se ha de componer el volumen cuya proyección bidimensional sea el cuadro de los Fusilamientos del 2 de Mayo de Goya.)

Sargento criminal: Apunten...

Segundo racimo: ¡Al pecho, malditos, disparad al pecho!

Sargento criminal: ¡Fuego!

(Todos los españoles caen. Los soldados franceses los rematan con las bayonetas. Ríos de sangre corren por el escenario. El Obispo se postra ante los fusilados y, cabeza baja, reza una oración en voz baja. Luego se levanta y, mientras se acerca el capitán francés, le espeta con el odio reflejado en su rostro:)

Obispo:

**Malditos sean los gabachos
Que eternamente lo sean
Aquí quitaron la vida
Mirad que nadie lo olvida
A niños, mujeres y Dios
A diez mil soldados y dos
Que nadie se quedó a la vida**

**Que nadie se quedó a la vida
Déles Dios su maldición.
Perrillos de la mala madre,
Guarros del Corso cabrón.**

**Capitán francés (dando dos pasos hacia él, le apunta con su
pistolón a la cabeza): Se acabaron tus andanzas monseñor por
esta pobre tierra prometida.**

**Obispo: Que nunca ha de ser vuestra. ¡Viva Dios y viva
Extremadura!**

**(El Capitán francés dispara. El Obispo cae. En este momento
cesa la música. Hay una pausa silenciosa.)**

**Capitán francés (señalando el cuerpo del Obispo): Pues bien,
señores soldados, al fin y al cabo nosotros también andamos a
católicas y somos de la misma Iglesia que él. Traed para
monseñor un cajón de pino y marchemos después en busca de
mayor gloria.**

**(Los franceses depositan el cuerpo del Obispo en un cajón de
pino, el cual dejan sin cerrar en el centro del proscenio.**

Luego, cantando la Marsellesa, salen todos de escena.)

(Aparece un grupo de niños que recorre la escena.

**Finalmente, se alinean todos en el proscenio. Cantan mientras
el cielo se ennegrece con las sombras y graznidos de los
buitres.)**

Niños:

Vivir en cadenas

¡Qué triste vivir!

Morir por la patria

¡Qué bello morir!

Partamos al campo

Que es gloria el partir.

**La trompa guerrera
Nos llama a la lid.**

**La patria oprimida
Con ayes sin fin
Convoca a sus hijos
Sus ecos oid**

**Vivir en cadenas
¡Qué triste vivir!
Morir por la patria
¡Qué bello morir!**

**¿Quién es el cobarde
De sangre tan vil
Que en rabia no siente
Sus venas hervir?**

**¿Quién rinde sus sienas
A un yugo servil,
Viviendo entre esclavos,
Odioso vivir!**

**Vivir en cadenas
¡Qué triste vivir!
Morir por la patria
¡Qué bello morir!**

**Adiós hijos tiernos
Cual flores de abril,
Adiós, dulce lecho
De esposa gentil.**

**Los brazos, que en llanto
Bañáis al partir,
Sangrientos, con honra,
Veréielos venir.**

**Vivir en cadenas
 ¡Qué triste vivir!
 Morir por la patria
 ¡Qué bello morir!**

**Mas tiemble el tirano
 Del Ebro y del Rhin
 Si un astro a los buenos
 Protege feliz.**

**Si el hado es adverso,
 Sabremos morir...
 Morir por Fernando
 Y eternos vivir.**

**Vivir en cadenas
 ¡Qué triste vivir!
 Morir por la patria
 ¡Qué bello morir!**

TELÓN

CUADRO V

(El mismo campo que en el Cuadro IV, pero ahora sin nada más que el cajón del Obispo en el centro del escenario y algunas calaveras y huesos desperdigados. Es la semana santa de 1810 y se ha invertido el orden de las escenas. El Obispo está podrido ya aunque conserva todas sus ropas, cetro y tiara. Ha de parecer el volumen cuya proyección bidimensional de la parte de la caja del obispo podrido del cuadro de Valdés Leal “Finis Gloriae Mundi et in Ictu Oculi” (*Fin de la Gloria del Mundo en un abrir y cerrar de ojos*))

(Por un lateral aparece la Muerte presente en dicho cuadro llevando el uniforme de mariscal del ejército de Napoleón, con su botonadura dorada , su guadaña en la mano derecha y un

cofre del que sobresalen collares de perlas, ricas sedas y van cayendo monedas de oro. La muerte se sitúa junto al cajón del Obispo.)

Muerte (Quitándose el sombrero napoleónico, que deja en el suelo.):

**Lo dijo Jorge Manrique
Poeta de la vida y del amor.
En bellos, famosos versos
Que hasta la Muerte leyó.**

**Refiriéndose a prelados,
Pastores, pobres y a Dios
Que a todos llevo y me llevo
Entre duelos y terror.**

**Este Obispo ya podrido
Que un día todo ordenó
En polvo quedó su gloria,
Sus prendas ya polvo son.**

**Ni dice misa cantada
Ni oye que el gallo cantó.
Ni dicta ya los rosarios
Que en San Martín ofició.**

**Que es mi aliada la guerra
Que es mi dios Marte feroz.
El que me ofrece cosecha
Más fructífera y atroz.**

**Lo dijo Jorge Manrique
Poeta de la vida y del amor.
En bellos, famosos versos
Que hasta la Muerte leyó.**

**Este Obispo ya podrido
Que un día todo ordenó
En polvo quedó su gloria,
Sus galas ya polvo son.**

(Entran de nuevo los Niños del Cuadro anterior. La Muerte entonces derrama todo el tesoro sobre el cajón con los restos del Obispo y deja su guadaña apoyada en el mismo. Se cogen todos de la mano y bailotean alrededor de los restos del Obispo.)

**Todos:
La plaza de mi pueblo
No se puede pasear
Pues hay guerra y las balas
A todos pueden matar.**

**Agáchate.
Y vuélvete a agachar.
O las bombas y los obuses
A todos nos matarán.**

**No recuerdo a mis hermanos
Ni recuerdo a mi papá
Mi madre siempre llorando
No hay quien nos traiga pan.**

**Siempre en guerra habrá franceses
Siempre en guerra robarán.
Violarán a las mujeres
A los hombres matarán.**

**Agáchate.
Y vuélvete a agachar.
O las bombas y los obuses
A todos harán llorar.**

**El río rojo de sangre
Las nubes de negro van.
Y la Luna está llorando
Su pena no esconderá.**

**Las abuelas y lechuzas
A nadie quieren mirar
Pues hay guerra y con la guerra
De nada quieren hablar.**

**Agáchate.
Y vuélvete a agachar.
O las bombas y los obuses
A todos harán llorar.**

**La plaza de mi pueblo
No se puede pasear
Pues hay guerra y las balas
A todos nos matarán.**

TELÓN

CUADRO VI

(Patio de una casa de pueblo. Hay un pozo a la derecha. Sentada en una silla de enea una abuela cose hacendosa sobre un mantel de tela color morado. En el suelo hay un canasto grande de mimbre. La anciana deja el mantel en el canasto, revuelve la ropa y saca unos pantalones de campesino.)

Mujer Vieja (Suspirando tristemente): Para qué coser estos pantalones? Él ya nunca volverá...

(Entra una mujer joven aún, vestida de luto, con un pañuelo en la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto.)

Mujer de Luto 1: ¡Deje eso, madre! Esas cosas ya sólo sirven para sufrir. Y ya tenemos suficiente sufrimiento en esta casa.

Mujer Vieja (secándose las lágrimas): Y en todas las casas del pueblo y en muchas millas a la redonda. No hay hogar donde falten funerales por los hombres muertos y por las honras y dineros que nos robaron los franceses.

Mujer de Luto 1 (arrimando otra silla): Ni sabemos siquiera donde está lo que los buitres dejaron de tu hijo.

Mujer Vieja: Dicen que el cielo se oscureció completamente de aves de mal agüero y los del Molino aún no se han recuperado de la sordera que les produjo el estruendo de las aves infernales disputándose los pedazos de los muertos en el campo.

Mujer de Luto 1 (echándose a llorar): ¡Los pedazos de Juan!...

(Entra una criada. También de luto estricto y con los ojos enrojecidos por el llanto.)

Criada: No se mortifique así, señora. Que aviamos vamos si, sobre la tan triste realidad, nuevas candelas de daño imaginado echamos.

Mujer de Luto 1: Razón tendrás Juanita, pero es que la pena es muy honda.

Criada: A cada cuala le duele lo suyo y todas tenemos un puñal de cortante acero y rencor clavado en las entrañas.

Mujer Vieja: Dices bien. Que si no es un hijo, es un marido o un novio. Y si no, un padre o un hermano. Nos faltan los brazos fuertes que nos traían el sustento y a muchas mujeres se les ha helado la cama y andan sonámbulas por los patios buscando todavía el olvido y la respiración profunda de sus hombres.

Criada: ¡Calle usted! (rompiendo a llorar) Según dicen las comadres, a mi Paco le cortaron la cabeza y los brazos y colgaron sus restos de un árbol. Cuanto ya estaba inerme y entregado el pobretico, me lo mataron. Los buitres lo tuvieron más fácil con él. Esa noche, los guarros se escaparon de las zahúrdas de mi casa y aún andan buscándolo por esos campos, así los cuidaría de bienintencionadamente y con todo su amor, el pobretico.

Mujer de Luto 1 (Conteniendo una sonrisa): ¡Qué cosas dices, mujer!... (Se oyen unos golpes.) Sécate esas lágrimas y ve a abrir que han tocado en la puerta. Hay que cumplir siempre con la gente, con las formas precisas y con educación y dignidad. Es lo primero y último que nos queda.

(Sale la Criada)

Mujer Vieja: Seguramente será la Luisa, la del Portalón, que viene cada día a consolarse aquí con nosotras.

Mujer de Luto 1: Ella ha perdido mucho: a sus dos hijos y a su hombre. Gracias que la Niña le hace todas las labores que puede en el campo y en la casa. Desde luego, esa niña es un tesoro.

Mujer Vieja: ¿La Julita?

Mujer de Luto 1: ¡Qu'a de hacer! No le queda otra.

(Entra la Criada con Luisa y Julita)

Criada: Ved quienes son, señoras. Y menudo hínque traen, las señoritas.

Luisa: A las buenas tardes, amigas.

Julita (haciendo una pequeña reverencia): Que ustedes gocen de buena salud. (Llaman de nuevo a la puerta)... Esto...

Criada (saliendo de nuevo): ¡Qué trajín!...

Luisa: ¿Esperaban ustedes visita? Nosotras no hacemos más que pasar a saludarlas a ustedes. Nos vamos enseguida... Es que tenemos prisa. Hoy es viernes santo y preciso será hacer las estaciones.

Mujer de Luto 1: De ninguna manera. (Arrimando sendas sillas de enea) Siéntense.

Luisa (sentándose): Con su permiso. ¡Ay, si Hernán Cortés levantara la cabeza!

Julita: Muchas gracias. Nosotras ya hemos comido...

Mujer Vieja: Pero poquito, seguramente. ¿A que sí? Las gallinas que aún nos quedan en el corral ponen muchos huevos todavía. Podemos hacer una gran tortilla de patatas. Comeremos todas hasta hartarnos.

(Entra la Criada con dos mujeres más. Una de ellas, en estado avanzado de embarazo, muy joven todavía; la otra, ya más madura, tiene los ojos muy tristes. Las dos entran llorando y van vestidas, como todas, de luto riguroso.)

Embarazada: Buenas tardes a todas.

Mujer de Luto 2: ¡Ay!

Mujer de Luto 1: Siéntense ustedes que habrá comida para todas. Y tú (dirigiéndose a la Criada) saca la mesa de camilla y pon el mantel. Entretanto yo iré cuajando la tortilla. (Sale)

(La criada trae una mesa de camilla y pone sobre ella un mantel limpio. Saca unos vasos y una jarra de agua.)

Mujer Vieja: No escondas el pan, bribona. Tráelo también.

Criada: ¡Señora!...

Mujer de Luto 2: ¿Tienen ustedes un chopito de vino que ofrecerme?

Mujer Vieja: De pitarra. Lo hizo mi Juan justo antes de...

(Se hace un silencio tenso. Las mujeres, todas sentadas, quedan cabizbajas.)

Mujer de Luto 2: Yo lo necesito ahora. Sin un trago no podría vivir la vida que los franceses me han dejado. Ya lo saben ustedes: A nadie mío han matado sino a mi propia honra. Mi marido no supo consentirlo y no ha vuelto a casa. Estoy sola.

Luisa: Tu marido no te merece. ¿Qué culpa tuviste tú? Nunca antes le faltaste ni entonces tampoco. Un hombre, aún tan afeminado como los franceses suelen ser, es mucho más fuerte que cualquier mujer. Tú no pudiste hacer nada.

Julita: Y si a nadie de los suyos han matado, ¿por qué ese luto, señora?...

Mujer de Luto 2: Pues por mi honra muerta para siempre. Todo el mundo conoce en el pueblo mi deshonra. Dios mío, ¡qué vergüenza!... Además...

Embarazada: Además, ¿qué?

Mujer de Luto 2 (rompiendo a llorar desconsolada): Que aquél cerdo ahíto de alcohol y grasa me dejó preñada, ¿os dais cuenta?... ¡Preñada de un francés!...

Mujer de Luto 1 (entrando con un plato grande donde hay una humeante gran tortilla de patatas): ¿Qué es lo que dices, mujer?

Mujer de Luto 2: Que llevo al hijo de un francés en mi vientre. Un hijo y, a la vez, un enemigo. ¿Qué podría hacer yo, sola y sin ayuda, sino quitarme la vida? A mí y al hijo que quiero y odio a la vez

Luisa (abrazándola y dándole un vaso de vino): No pienses en eso, mujer. Bebe un poco. Es muy buen vino. Por manos muy honradas hecho y calculado.

(La joven embarazada se sienta en el suelo y hunde su rostro en el pecho. Parece desmayada.)

Mujer Vieja: ¿Qué es lo que tienes, niña?

(Todas la rodean)

Mujer de Luto 1: Dadle un vaso de agua.

Criada: ¡Apártense! Dejen que le de el aire.

(Le dan un vaso de agua. La Embarazada no parece reaccionar.)

Julita: (abanicándola): Déjenme a mi... Ven, ya reacciona....

(La Embarazada comienza a llorar.)

Embarazada: Desde que me violó el sargento gabacho, tengo dolores y mareos...

Mujer Vieja (En voz baja, a Mujer de Luto 1): Pudiera el maldito haber malogrado a la criatura... Actuemos rápidamente para proteger a esta muchacha de la semilla de la muerte que le inculó el maldito. (En alto) A ver Juanita. Ve rápido a buscar a Pepa la Hechicera. Ella sabe mucho de preñadas primerizas y le podrá dar algún remedio. Pero hay que actuar sin pérdida de tiempo. ¿Has manchado sangre, niña?

Embarazada: Ayer, dos veces.

Mujer de Luto 1: Rápido, Juanita, ve en busca de la Hechicera.

(La Criada se pone un mantón negro y sale presurosa. Mientras, las demás levantan a la muchacha y la ayudan a sentarse en una silla. Todas quedan en silencio.)

Julita: Ya se va acabando esta semana santa llena de Cristos y martirios.

Mujer de Luto 2: Somos siete rosas negras marchitas, ahítas de dolor y anegadas por las lágrimas, en este Viernes Santo, día 31 de Marzo de 1809, cuatro días después de la batalla.

Julita (canta con el tono de una saeta):

**Siete rosas negras
De semana santa
No tienen ya tierra
Donde regarlas.**

**Que las riegue el rocío
De la triste mañana
Que las riegue el rastro
De sus propias lágrimas.**

**Estas siete rosas
De hojas moradas
Perderán sus pétalos,
Sus espinas blancas.**

**Siete rosas negras
De semana santa
Sin tierra ni espinas
Sin luz y sin alba.
Marchitas, podridas
Sin tierra ni lágrimas.**

**Siete rosas negras
De semana santa.**

(Entra la Criada de nuevo. Va acompañada por una mujer ya mayor de sonrisa extraña, con el rostro picado de viruelas y grandes bolsas en los ojos. Vestida toda de malva.)

Criada: Hemos tenido suerte. La he encontrado justo al salir, junto a la puerta...

Hechicera: Iba al campo a recoger algunas plantas medicinales de entre los huesos y cartucheras... A ver, tú debes ser la preñada. Déjame ver tus ojos y la forma de tu vientre. Quiero ver la luz de tu sonrisa y la flor que dará los frutos de tu hermosura.

(La Hechicera hace que la joven embarazada se tumbe en el suelo. La examina con mucho cuidado y tiento. Luego, se sienta a su lado y abraza los muslos de la muchacha, cerrando los ojos)

Embarazada: ¿Qué me pasa, madrecita?

Hechicera: Nada aún, niña. Que me sonrías te digo...Así, así, ¡Qué hermosa eres!

Embarazada: Dígame, madre.

Hechicera: En nombre de Celestina, maestra del amor y maestra mía, te conmino, ¡Oh, espíritu maléfico!, a salir de este cuerpo y, pues ya el niño no tiene salvación...

(La embarazada lanza un grito desgarrador)

Hechicera: ...Tranquilízate, que a ti si que podemos salvarte...

Embarazada: ¿Salvarme? ¿Pero es que queda algo en mí que pueda salvarse, que merezca salvarse?

Julita: Tu vida y tu alma.

Embarazada: No. Mi cuerpo no es nada sin los cuerpos de mi hombre y de mi hijo. Y mi alma, ¡Ay mi alma!, no tiene más sentido ya que buscar las almas tuyas o disolverse en la nada para siempre.

(La muchacha embarazada se levanta como una exhalación, coge un cuchillo de la mesa y, antes que pudieran impedirselo, se lo clava dos veces en el pecho.)

Embarazada: Así, entre las lágrimas vuestras, mujeres desgraciadas por la guerra, muero.

(Muere apoyada en una silla. Se hace un silencio espeso. Nadie se atreve a hablar. Todas lloran en silencio. Un silencio solo roto por los sollozos. De pronto, la Mujer de Luto 2 se levanta y va a apoyar su cabeza en el cadáver de la muchacha. Permanece así unos instantes.)

Mujer de Luto 2:

Aniversario de la muerte del señor

De dos rosas negras rotas de dolor

Viernes de luz perdida, sin luna ni sol

Aniversario de la muerte de Dios

Y dos rosas negras quebradas de amor.

Viernes de los fusiles del odio y del horror.

(Luego, se mete la mano en el pecho y saca un frasquito de veneno. Después de mirar fijamente a todas, bebe su contenido de un solo trago.)

Mujer de Luto 2: Que mi muerte sirva, al menos, para quitar la vida a un enemigo. (Muere apoyando su cabeza en el regazo de la muchacha. Entonces, la Hechicera levanta sus brazos y, mirando al cielo, grita:)

Hechicera: ¡Ay que triunfo más triste de la muerte!

Julita: ¡Cuánto dolor y cuánto odio acumulado!

Hechicera:

Malditas sean las guerras y malditos sean los monstruos que las promueven.

Malditos sean todos los hombres y mujeres que no han cerrado sus vericuetos de horror y sangre ni cortado sus caminos de dolor en la historia de esta especie pavorosa.

Pues las guerras no solo asesinan a los soldados en los campos de batalla, sino también a las mujeres y a los niños inocentes, aún antes de que sus ojos se abran al mundo. Mirad todas sino a estas dos bellas mujeres incapaces de soportar la vida

indeseable que les dejó la batalla de los campos de Medellín. La batalla de los lobos del norte con los pastores de nuestra tierra bendita. Miraos a vosotras mismas ya eternamente inservibles para la vida y para el amor. Recluidas en el luto infecundo de estos patios repletos de ceniza, recuerdos y fagonazos de dolor.

Esta generación sin varones ni descendencia está ya perdida para siempre.

Malditas sean las guerras del pasado, del presente y las que aún traerán mayor dolor en el futuro. Malditas todas. Maldito sea el ser humano, incapaz de evitar sus vilezas y construir una historia limpia de espadas, cañones, bombas y fusiles, de crueldad e ignominia.

Mujer Vieja (sacando un rosario de cuentas negras, reza con la cadencia de la oración cristiana de “Bendita sea tu pureza...”):

**Malditos sean los gabachos
Que eternamente lo sean
Aquí quitaron la vida
Mirad que nadie lo olvida
A niños, mujeres y Dios
A diez mil soldados y dos
Que nadie se quedó a la vida
Que nadie se quedó a la vida
Déles Dios su maldición.
Perrillos de la mala herida
Guarros del Corso cabrón.**

(Todas lloran quedamente lágrimas secas, mientras cae)

EL TELÓN

FIN DE “LA BATALLA DE MEDELLÍN”

Madrid, 23 de Febrero de 2009